

# Crónica de una temporada en el infierno o la gran bestia de La Depre

¡Ah! esa vida de mi infancia,  
la gran ruta accesible en todo tiempo,  
sobrenaturalmente sobrio, más desinteresado  
que el mejor de los mendigos,  
orgulloso de no tener ni patria ni amigos,  
qué bobería fue. ¡Y sólo ahora me doy cuenta!  
A. Rimbaud

## Por Carlos Guevara Ere

Director Fundación Re-tornar  
Colegio Nacional de Periodistas  
Colombia

En una ocasión, cuando me dirigía a un público joven, un estudiante de un colegio me hizo la siguiente pregunta: “Profesor, si usted es escritor, es docente, es periodista, si ha viajado a otros países, si ha ganado varios premios literarios y ha escrito varios libros, entonces ¿por qué consumió drogas? El estudiante, que aún no pasaba del metro y medio de estatura, me dejó paralizado y atónito en la conferencia. No me esperaba esa pregunta. Sin embargo, confrontado e inquieto con el chico que no conocía todos los dilemas de la vida, le contesté: “Porque nunca me atreví a llorar.”

Era verdad, mi preparación, mis estudios y mi inteligencia no me habían servido para nada. Al contrario, me habían precipitado aún más el descenso a los infiernos. Nada me hacía feliz. Excepto la literatura donde me refugiaba y buscaba aquellos héroes fantásticos, a los cuales les daba vida por todos los medios, con todos mis sentidos, mis extraños instintos, y con quienes quería identificarme para acompañarlos en sus viajes sin regreso. Obtuve muchos reconocimientos literarios, gracias a mi estilo crudo y realista, pero especialmente mi éxito se debió a que nunca escribí de amor. Y fue que la misma literatura me llevó a conocer los Bichos de las adicciones. Fue ella, aquella Sirena perversa y lasciva, que me indujo a optar por el suicidio como única respuesta a la hipocresía que no podía tacharle al mundo.

Muchos héroes de los libros brillan por sus roles en las obras. Ulises y su magistral estrategia sentimental contra la hechicera Circe. Aquiles, el único hombre que no conoció el miedo. Dante, que bajo al infierno como quien va de paseo a su estancia familiar. Pero yo, debo presentarme como el cobarde de este paseo hacia una muerte inducida.

Mis primeras lecturas de infancia y adolescencia fueron centradas totalmente en la decadencia francesa. Los simbolistas, que parecían amar sin sangre en las venas, que nacieron para desplumar el ruiseñor del romanticismo, me causaban momentos de placer más dulces y duraderos como mis primeros analgésicos. Aquellas delirios ciudadanos perpetuando en mis relaciones conflictos *celotípicos* causados por el alcohol junto a las faenas extraviadas en las junglas de hashís, entablaban en mi cerebro muchos encuentros coloquiales con el color de las vocales de Rimbaud, con el *spleen* ideal de Baudelaire o con

la domesticación de las decenas de especies de bestias de Lautrêamont. Sin embargo, como no podía lograr con las drogas procesadas en mi “amada” Colombia los efectos que ellos relataban en sus paraísos artificiales importados desde oriente, decidí crear un coctel a manera de poción, cuyos ingredientes sin enumerar o nominar tenían un debido orden alfabético, al que con el tiempo, decidí bautizar como Bichos y al fenómeno paranoico y persecutorio de la ansiedad producida por su ausencia la tildé como la gran bestia de La Depre.

Obviamente este estado irracional, depresivo y rebelde, producto de una intelectualidad desenfundada y ególatra, donde yo era el centro de atención y atracción en todas mis áreas biológicas me asemejaba al mal padecido por un hombre lobo. A ese gran hombre lobo vestido con piel de oveja. Todos los viernes, se asomaba en mi ventana una luna llena que causaba en mis sentidos una inquietud y me transformaba en un hombre al estilo del Dr. Jekyll y Mr. Hyde, que no conocía de sangre ni apellidos. De autoridades o de amigos, sino del fantasma de carne y hueso que saltaba de las ventanas y cuyo fondo no fue caer a la calle sino la voz de mi madre que un día me dijo: “Hijo, váyase de la casa, porque yo le tengo miedo.”

Ya como habitante de la calle, le había quitado al alimento todo buen sabor, porque su deglución y lo consecuente me producían repulsión. No pensaba cambiarme de ropa todos los días. Planeaba frente a los parasoles tener un solo vestido como Sócrates y varios del mismo color y del mismo estilo como Einstein. Iba a entrar a este baile con los zapatos sucios. Quería engañar con mis apariencias. Iba a fingirme un loco como San Gerardo para ser víctima de violentas befas. No quería perder más el tiempo. O mejor, iba a ocuparlo todo en una sola cosa. Quería ahorrar mi belleza dentro de la fealdad para el día en que conociera el verdadero amor. Mi descuido obedecía al robot controlado por la costumbre. Sin embargo, en esta estación, me percaté de algo importante para mi futura recuperación. Me di cuenta que todos los que andaban conmigo o que vivían como yo, habíamos fallado además de la curiosidad o la presión de grupo, por el mal manejo de emociones en las relaciones con la mujer. Y a muchos nos costaba entender que esa mujer no era culpable de nada. Habíamos confundido el amar del querer. Habíamos sido celosos, posesivos y niños que andaban arrastrando el cordón umbilical. No sabíamos que cargábamos en los costales el papel blanco reciclado para escribir el sueño imposible de nuestra vida nueva o juntábamos con la basura de nuestra maleta todos los defectos de los hombres del mundo. Nadie daba un peso por nosotros. Era el fondo demencial que nadie quería tocar. En el que nadie querría caer. Pero deslizarme como un gusano no era del todo indigno; el gusano se arrastra con la esperanza más auténtica y constante de que algún día va a volar.

Decían que yo era un absurdo. Un ser de otro planeta. ¿Y cómo era posible que un hombre anduviera tontamente detrás de un amor artificial. Y tan simpático que es. Tan elegante. Y tan inteligente. De tan buena familia. ¡Morboso! ¡Obsceno! ¡Perverso! ¡Vulgar! ¡Sinvergüenza que avergüenza a sus parientes y conciudadanos! ¡Indeseable! Era peor que el escarabajo que pone su huevo en el globo del cagajón. Pero yo no era el único que cometía errores. Cuando anduve perdido en la oscuridad, haciendo el mal que no quería hacer, con la ausencia de Dios o de un ser Superior en mi corazón, fui testigo, más que víctima, de muchos abusos en contra de personas que habían optado, como yo, por vivir en la calle, alejados de un mundo injusto, temerario e hipócrita. Tal vez muchos tomamos esta

decisión consciente, irreflexiva y para muchos *ilógica-mente*, pero la mayoría lo hicimos auto-engañados y bajo la coacción y la tentación que generan energías malignas representadas en el abuso del alcohol y las drogas.

Al referirme a estas energías pretendo argumentar que la adicción a las drogas, que no es vicio sino una enfermedad (y las EPS lo confirman), no es un mal físico sino netamente espiritual y por tanto se debe tratar estas dificultades de la misma manera. En esta parte, no existe mejor sanación complementaria como Grupos de Apoyo que la que pueden impartir las iglesias, tanto católicas como evangélicas.

No obstante, los casi tres años que estuve aislado del mundo, intentando una y otra vez, cayendo y levantando, confiando en el conocimiento de hombres, escuchando devotamente a Pastores, Psicólogos, Psiquiatras Terapeutas y Sacerdotes, no hubo fuerza humana que me convenciera; al contrario, las cosas empeoraban y veía el mundo cada vez más negro y obtuso. Un espacio donde yo no tenía cabida. Ni vida. Porque la gran mayoría de los “líderes”, luego de pasar largas horas de rodillas, no eran coherentes con sus actos y caían siempre en la codicia, la lascivia y la mentira.

Reconozco que en esta parte el error, como muchos otros fue mío. Porque me dediqué a contemplar las personalidades y no los principios de los hombres.

Y como siempre fue escogido (manipulado en la parte de la baja autoestima) como líder espiritual o director de fundaciones o comunidades terapéuticas, sin estar completamente recuperado, me dedicaba a ayudar (servir) a otros solo por una búsqueda de reconocimiento. Pero si existió una gran diferencia en relación con los líderes que yo había admirado a veces hasta ciegamente. Si existía una panacea para encontrar el despertar espiritual amalgamado por la depresión que generaba la frustración. Estando en servicio, nunca acosé ni abusé de las mujeres, de la autoridad o del dinero ajeno. Finalmente, de todas estas beligerancias disputadas en mi corazón, vi un barco blanco flotando sobre aguas tranquilas: AYUDAR A LOS MAS VULNERABLES.

Aunque ya iba descubriendo la razón no del porqué, sino del para qué de mi vida adictiva y licenciosa, continuando en la búsqueda de mí mismo, deambulé por muchos sitios de Colombia y e incluso de otros países. En una incansable fuga geográfica, caminé en busca de algo que llenara mi vacío existencial. Y espiritual. No quería dinero. Ni fama, ni el amor de una mujer, a quien aún no había aprendido a querer. En Dios no dejaba de creer, pero había perdido el temor hacia su Ley. No me quería a mí mismo. Y mucho menos a los demás. Nunca me quejé ni llamé a mi familia para contarles sobre mis internamientos en el hospital, cuando estuve a punto de perder el equilibrio en los bordes del suicidio, la locura o desde la oscuridad del calabozo.

Este viaje hacia la madurez a través de la idiotez era solo mío.

Ya me había vuelto inconsciente, insensible y paranoico. Lo único que me importaba y que podría estabilizarme emocionalmente era la obsesión que me generaba el marasmo, la indiferencia y esa parálisis espiritual de ayuda social de la mayoría de los “representantes de Dios en la tierra.” Ya había aprendido que nada me podía sanar. Ni salvar. Porque el mundo decía que esta enfermedad no tenía cura. Y en mi cabeza solo rondaba la siguiente pregunta: ¿Qué tanto están haciendo los que se hacían llamar hijos de Dios para con los habitantes de la calle?

Nada. No estaban haciendo nada.

Entonces veía aquellos que no hacían nada por transmitir el Evangelio como Discapacitados Espirituales. Maliciosos. Traficando con la fe. Celosos y rivales contra las contadas iglesias, que al menos, regalaban un pan con un vaso de café. Entonces, me

dediqué a invadir los espacios cristianos justo en el momento en que los pastores impartían La Palabra. Entraba sin ser invitado a las iglesias e interrumpía el culto cristiano gritándole al Pastor que me permitiera transmitirle un mensaje que tenía para él. ¿Que si me llamaron loco? Sí, sí lo hicieron. Y tampoco me permitieron entrar por la forma en que iba vestido y por mi actitud impulsiva. Y precisamente, en una de las iglesias cuyo título en el muro hablaba de “Misión”, el “Ujier”, “Líder”, o como le llamen, cerró la puerta y dijo que el pastor no me podía atender. Lo que hice fue empujarlo e ingresar. Tenía que hacerlo porque además de darle el mensaje iba por la devolución de un dinero que me adeudaban por una cuota para un viaje que finalmente no se hizo, cuando me congregaba en ella, y por abuso de confianza parece que definitivamente se extravió. Pero mi denuncia no es por este aspecto. El dinero, en realidad no importa. Todos tendremos un juicio individual. Y a los líderes y cabezas espirituales son a quienes Dios más les demandará.

El mensaje que promulgaba para que lo llevaran a la Práctica, los gobiernos, las iglesias, las fundaciones o comunidades terapéuticas, porque yo aún no estaba en condiciones de llevarlo a cabo, era que dejaran de contender, de pelear por quien tenía la razón. Por quien tenía la clave de la salvación. Mientras la gente enloquecía y moría en la calle, en las cárceles y en los hospitales, muchos cristianos y especialistas con un egoísmo extremo, parados horas y horas maquillándose y perfumándose frente al espejo minutos antes del culto, pensaban en enriquecerse, en ascender en el trabajo, la fama o tener una hermosa pareja para no sentirse tan solos ante la falta de amor. El mensaje final, era que los entes religiosos no deben actuar con doctrinas de conversión directamente y en primera instancia sobre las personas que consumen drogas, sino después que la obra terapéutica haya hecho su parte. Los adictos invadidos de resentimiento en primer lugar tenían que hacer una limpieza espiritual antes de recibir a Dios o a un Poder Superior que los guiará de ahí en adelante. Es que aquellos que viven en la calle sosteniéndose por sí mismos son más propensos a dejar el consumo que aquellos que consumen en su casa con las comodidades y los permisos que les otorgan los padres o los familiares.

Pero no solo los procedimientos espirituales eran asertivos en el tratamiento de la adicción a las drogas sino también los tratamientos impuestos por fundaciones y comunidades terapéuticas que conocí en mi proceso de recuperación. Los años que estuve residenciado en comunidades cristianas o terapéuticas, donde se practicaba la terapia de choque, confrontación o señalamiento, donde nos sentaban en un banco en el centro de la sala rodeados de todos los internos y luego de lanzarnos baldes con agua, toneles con basura de varios días y papel sanitario usado, teníamos que aceptar, como en una cacería de brujas, como en las épocas de inquisición todos nuestros defectos y nuestras fallas a veces inventadas, que teníamos que aceptar para que dejaran de torturarnos y obligarnos a pensar como ellos. Pero yo sabía que no quería dejar de consumir todavía. Pasara lo que pasara. Porque mi conciencia guardaba secretos y aún no conocía a nadie que tuviese la facultad y la sabiduría para que pudiera conocerlos.

El otro “tratamiento” del que fui víctima fue el que recibí en una comunidad terapéutica, donde el palo era el psiquiatra que aliviaría nuestros males de la salud mental. Aquel tratamiento era llamado como “La terapia Nazi.” Fui capturado por hombres especialistas en torcer brazos y cuellos. En golpear en el estómago y los testículos. Y tenían la baja fortaleza de enfrentar a un hombre empuñando un palo en las manos con el fin de reducirlo. La ignorancia era atrevida. Lo que ellos, entre muchas cosas no sabían era que

no todos necesitan reeducación sino rehabilitación. No todos necesitan proyecto de vida sino inclusión social. A no todos se le suspende el consumo de drogas de manera fulminante sino reduciendo el daño, empezando por citas médicas u odontológicas para tratar la gastritis o calcificar nuevamente la dentadura.

Luego de un encierro de 45 días, sin zapatos y sin privilegios de ninguna clase, recibíamos terapias repetitivas de manera conductual por tres meses, y era sorprendente observar cómo todo el mundo era obediente. Todo el grupo obedecía porque había “aceptado” aparentemente un tratamiento costoso autorizado por la familia que optó por este método ante la impotencia y la desesperación de no poder hacer nada frente a su familiar adicto. Existía la terapia del miedo. El voto del silencio. La sonrisa mentirosa. La actuación forzada. Todo el mundo obedecía porque la incertidumbre y el terror rondaban por la distinguidísima estancia donde el lenguaje y las poses eran propias de la edad media. Todo el mundo obedecía porque nadie quería ser golpeado ni ridiculizado con burlas obscenas frente los demás.

Dejar las drogas no es nada fácil, porque dejarlas es equipararla en los primeros días como el duelo que causa la más hermosa mujer que siempre has amado y que finalmente te dice que siempre ha estado jugando o como aquella que ves durmiendo en tu cama con otros hombre y que tienes aceptarla tal y como es. El duelo es duradero mientras existan los problemas cotidianos y para muchos es una melancolía que dura toda la vida. Pero el resentimiento y la culpa son dos plagas más mortales que cualquier enfermedad terminal.

El asunto del rencor es uno de los más significativos en la recuperación de una persona adicta y la co-dependiente, porque expone una patología tanto para la familia como para el adicto a partir de la *culpabilización* mutua. Muchas veces esta fase, que yo describo como “Etapas del error”, -donde los dos entes aunque no lo acepten son los únicos protagonistas del traspié y la solución-, intenta proponer una fantasmagoría de las responsabilidades pero a la vez es la que ofrece los pretextos y las justificaciones para alimentar una adicción a los problemas.

Sin embargo, los grandes problemas tienen grandes soluciones.

Un sentimiento como una emoción que se enraizó y se hizo duradera a partir de estados de ánimo repetitivos, como las emociones de ira que genera el maltrato, por ejemplo, con el tiempo se convierten en recuerdos imborrables y repetitivos, difíciles de “exorcizar” e incluso extirpar de la memoria. Muchos reiteran en expresiones como “no puedo olvidar lo que me hizo.” Pero en esta parte no se trata de olvidar sino de superar las experiencias trágicas a partir de la aceptación.

Para las personas adictas a las drogas es importante que se enteren que la vida gira alrededor del factor tiempo. Es decir, aunque poseen un espíritu suicida que ha sido contaminado por la culpa depresiva, hay momentos de lucidez donde el pasado, el presente y el futuro son escenas momentáneas de hundimiento, resurgimiento y salvación.

Empezaría diciendo que todo pasado en experiencia, catalogada como buena o como mala, es para una persona como un diamante enterrado en el estiércol. Tiene un gran valor aunque esté rodeado de inmundicia. Pero nadie podrá tratar y avanzar entre la arena movediza de su pasado si no deja de pujar en el olvido y no engendra o concibe un nuevo espacio en la aceptación de esos momentos que se han vivido de manera voluntaria u obligada. El pasado no se olvida, se acepta. Y para aceptar las tragedias que causan dolor, odio, venganza y vergüenza, hay que perdonar. Probablemente, no podamos volver a ver a las personas que nos hicieron daño para que nos pidan perdón o probablemente si están cerca no habrá fuerza humana que los haga cambiar de parecer. No obstante, tu lucha

empieza con una batalla que ganas cuando pides perdón por cosas que hiciste en reacción a cosas que te hicieron personas víctimas de otras y así sucesivamente.

Cuando aún no has podido aceptar tu pasado, entonces es seguro que sentirás odio por tu presente. Por tu actual posición. Todo te fastidia. Cuando te golpeas accidentalmente con un objeto lanzas maldiciones a diestra y siniestra. Las personas que se te acercan huelen mal. Juzgas a todo el mundo. Avergüenzas a tu pareja en público. Eres egoísta e imprudente. Envidioso e intolerante. Haces todo por obligación. Criticas al Presidente de la República, aunque jamás hayas votado y te cuesta querer y por supuesto te obsesionas al amar.

Pero cuando has aceptado tu pasado, entonces vas a amar tu presente. Tus 24 horas. Sientes alegría de vivir. Sonríes hasta en los momentos difíciles, sin máscaras ni apariencias. Tu boca ha olvidado las malas palabras. Amas los objetos, las mascotas y las plantas. Cuidas tu cuerpo con sanos alimentos. Lees libros que nutren tu espíritu. Cuando aceptas tu pasado, aprendes a amar y a amarte en el presente.

Pero si aún no has querido o no has tenido la buena voluntad para hacerlo y sigues con resentimientos (es decir reviviendo viejos sentimientos) y discriminando tu presente, entonces le tendrás miedo al futuro. Sin embargo, cuando has superado las dos primeras batallas de la aceptación y del amor, ahora que probablemente las drogas se acerquen amenazantes y eternamente tentadoras en la legalización, sabrás arrancar este mal de raíz, usando dos herramientas importantes como son la automotivación y la espiritualidad. Solo así encontrarás el arma más poderosa para ganar esta guerra contigo mismo: La Fe.

San Juan de Pasto, julio 2014  
heldynguevararevelo@gmail.com